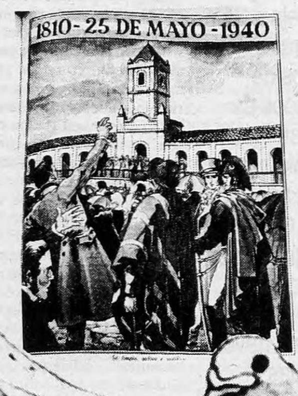
Suplemento especial de Página/12

Textos y docentes ante añejas versiones del pasado

LA HISTORIA OFICIAL



Hay textos que este año los alumnos volverán a repetir de memoria, cuando pasen al frente, que tienen 83 años de antigüedad y hablan de próceres que siempre fueron, desde chiquitos, de bronce antiguo. Los docentes reaccionan según la edad y los editores de libros escolares prometen renovarse antes que llegue el siglo XXI.





UNA VERSION DE 83 AÑOS

El retraso pedagógico de la escuela argentina ya es un lugar común. Algunas investigaciones han comenzado a morder más profundo para determinar dónde y cómo la enseñanza quedó petrificada. Dos investigadoras en ciencias de la educación decidieron revisar los textos y contenidos de la historia que se difunde en las aulas y encontraron algunas precisiones para sospechas de vieja data. Minihéroes, frases hechas, ruidos de pedestales huecos de bronce, miradas antiguas, divisiones cronológicas más adecuadas para el centro de Europa que para América, son algunas de las conclusiones que ilustran esa "historia oficial" inmutable a través de las décadas.

"El método tradicionalmente usado en nuestros institutos secundarios, públicos y privados, para la enseñanza de la historia consiste en adoptar un manual como libro de texto y obligar a los alumnos a estudiarlo, por dosis, en sus casas, para recitarlo en la clase ante los condiscípulos y el profesor, quien suele agregar algunos comentarios y ampliaciones." Más de un adolescente se debe sentir identificado con la precisa descripción de la historia que repetira de memoria, sin saber, con seguridad, que la versión es más vieja que su abuelita: fue escrita hace ochenta y tres años, en 1903, por A. Dellepiane a solicitud del entonces Ministerio de Instrucción Pública.

En la investigación realizada por Hilda Lanza y Silvia Finocchio , investigadoras de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con datos levantados en dos colegios secundarios porteños sobre "La práctica de los docentes de historia" se consigna que " a pesar de los cambios acontecidos en el enfoque del proceso de enseñanza-aprendizaje detectamos la continuidad de algunos de los aspectos presentados por Dellepiane".Diecisiete profesores de historia aceptaron ser entrevistados y la mitad de ellos fueron observados durante sus clases para determinar la forma en que los jovencitos se interiorizan sobre su pasado y presente.

Las diferencias de edad y el lugar donde realizaron sus estudios (institutos terciarios o universidades) condiciona la actitud de los educadores frente a sus alumnos. Si bien, en líneas generales, todos critican el curriculum ideado por las autoridades educativas, "los docentes de menor edad y antigüedad en su práctica admiten en mayor medida no sentirse obligados a sujetarse a la norma curricular y los profesores que poseen mayor edad y antigüedad aparecen más sujetos a dicha norma", aseguran las especialistas. Las discrepancias con la receta diseñada por Educación no alcanzan , sin embargo, para proponer cambios rotundos: "Las modificaciones se orientan a la incorporación de espacios y tiempos no abordados por la propuesta oficial sin alterar los aspectos centrales del modelo historiográfico contenido en el curriculum prescripto".

Más allá de la necesidad de nuevos enfoques que relacionen el pasado con el presente y que eviten los cortes inconexos entre protagonistas, lugares y acontecimientos, los profesores coincidieron en que los chicos "no le ven utilidad al aprendizaje de la historia, sólo algunos pocos le encuentran sentido o a lo sumo les interesa a partir de tercer año", curso en que empiezan con historia argentina. Claro que las limitaciones observadas son justificadas en muchos casos porque "los docentes manifiestan su imposibilidad de realizar cursos de perfeccionamiento en forma privada o fuera del horario escolar, debido a las dificultades económicas".

ES... SAB...

Defendidos por algunos docentes, fustigados por otros y, generalmente, aborrecidos por los alumnos, los libros escolares ocupan un lugar preponderante en el proceso educativo: "El texto juega un papel pedagógico fundamental porque sistematiza el cuerpo conceptual de una materia, como un profesor jamás podría hacerlo", aseguran Silvia Finocchio e Hilda Lanza. Sin embargo, una investigación sobre los libros de historia del secundario emprendida por ambas licenciadas en Ciencias de la Educación refleja que la baja calidad de sus contenidos atenta, en la actualidad, contra el logro de este cometido. El criterio de "inmutabilidad de la historia" que se tradujo en la falta de renovación del material bibliográfico no tiene similitudes con otras áreas, como literatura y lengua, "en las que constantemente se introdujeron modificaciones", advierten las investigadoras.

Convencidas de que "el libro comparte con el profesor el papel central" en la educación, Lanza y Finocchio comenzaron su investigación por el análisis del universo de los textos para la enseñanza de historia en el ciclo básico del nivel medio. De esta primera aproximación al tema surgieron "diferencias significativas de permanencia en el mercado" entre las once editoriales que producen material para esta área. "La presencia de algunas es reciente (Santillana, Métodos) y la de otras data de mucho tiempo atrás (Kapelusz, Estrada, Troquel)", sostiene el trabajo.

El dato por si solo no cobraría relevancia de no ser porque este fenómeno se repite entre los autores: "Algunos escribieron sus obras hace ya varias décadas. Las mismas han sido reeditadas a lo largo del tiempo

UNA VERSION DE 83 AÑOS

El retraso pedagógico de la escuela argentina ya es un lugar común. Algunas investigaciones han comenzado a morder más profundo para determinar dónde y cómo la enseñanza quedó petrificada. Dos investigadoras en ciencias de la educación decidieron revisar los textos y contenidos de la historia que se difunde en las aulas y encontraron algunas precisiones para sospechas de vieja data. Minihéroes, frases hechas, ruidos de pedestales huecos de bronce, miradas antiguas, divisiones cronológicas más adecuadas para el centro de Europa que para América, son algunas de las conclusiones que ilustran esa "historia oficial" inmutable a través de las décadas.

"El método tradicionalmente usado en nuestros institutos secundarios, públicos y privados, para la enseñanza de la historia consiste en adoptar un manual como libro de texto y obligar a los alumnos a estudiarlo, por dosis, en sus casas, para recitarlo en la clase ante los condiscípulos y el profesor, quien suele agregar algunos comentarios y ampliaciones." Más de un adolescente se debe sentir identificado con la precisa descripción de la historia que repetira de memoria, sin saber, con seguridad, que la versión es más vieja que su abuelita: fue escrita hace ochenta y tres años, en 1903, por A. Dellepiane a solicitud del entonces Ministerio de Instrucción Pública.

En la investigación realizada por Hilda Lanza y Silvia Finocchio , investigadoras de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), con datos levantados en dos colegios secundarios porteños sobre "La práctica de los docentes de historia" se consigna que " a pesar de los cambios acontecidos en el enfoque del proceso de enseñanza-aprendizaje detectamos la continuidad de algunos de los aspectos presentados por Dellepiane".Diecisiete profesores de historia aceptaron ser entrevistados y la mitad de ellos fueron observados durante sus clases para determinar la forma en que los jovencitos se interiorizan sobre su pasado y presente.

Las diferencias de edad y el lugar donde realizaron sus estudios (institutos terciarios o universidades) condiciona la actitud de los educadores frente a sus alumnos. Si bien, en líneas generales, todos critican el currículum ideado por las autoridades educativas, "los docentes de menor edad y antigüedad en su práctica admiten en mayor medida no sentirse obligados a sujetarse a la norma curricular y los profesores que poseen mayor edad y antigüedad aparecen más sujetos a dicha norma", aseguran las especialistas. Las discrepancias con la receta diseñada por Educación no alcanzan , sin embargo, para proponer cambios rotundos: "Las modificaciones se orientan a la incorporación de espacios y tiempos no abordados por la propuesta oficial sin alterar los aspectos centrales del modelo historiográfico contenido en el curriculum prescripto".

Más allá de la necesidad de nuevos enfoques que relacionen el pasado con el presente y que eviten los cortes inconexos entre protagonistas, lugares y acontecimientos, los profesores coincidieron en que los chicos "no le ven utilidad al aprendizaje de la historia, sólo algunos pocos le encuentran sentido o a lo sumo les interesa a partir de tercer año", curso en que empiezan con historia argentina. Claro que las limitaciones observadas son justificadas en muchos casos porque "los docentes manifiestan su imposibilidad de realizar cursos de perfeccionamiento en forma privada o fuera del horario escolar, debido a las dificultades económicas".

ESE ANTIGUO SABOR A BRONCE

Defendidos por algunos docentes, fustigados por otros y, generalmente, aborrecidos por los alumnos, los libros escolares ocupan un lugar preponderante en el proceso educativo: "El texto juega un papel pedagógico fundamental porque sistematiza el cuerpo conceptual de una materia, como un profesor jamás podría hacerlo", aseguran Silvia Finocchio e Hilda Lanza. Sin embargo, una investigación sobre los libros de historia del secundario emprendida por ambas licenciadas en Ciencias de la Educación refleja que la baja calidad de sus contenidos atenta, en la actualidad, contra el logro de este cometido. El criterio de "inmutabilidad de la historia" que se tradujo en la falta de renovación del material bibliográfico no tiene similitudes con otras áreas, como literatura y lengua, "en las que constantemente se introdujeron modificaciones", advierten las investigadoras.

Convencidas de que "el libro comparte con el profesor el papel central" en la educación, Lanza y Finocchio comenzaron su investigación por el análisis del universo de los textos para la enseñanza de historia en el ciclo básico del nivel medio. De esta primera aproximación al tema surgieron "diferencias significativas de permanencia en el mercado" entre las once editoriales que producen material para esta área. "La presencia de algunas es reciente (Santillana, Métodos) y la de otras data de mucho tiempo atrás (Kapelusz, Estrada, Troquel)", sostiene el trabajo.

El dato por sí solo no cobraría relevancia de no ser porque este fenómeno se repite entre los autores: "Algunos escribieron sus obras hace ya varias décadas. Las mismas han sido reeditadas a lo largo del tiempo incluyendo algunas modificaciones parciales". A esta altura, las investigadoras citan como ejemplo los clásicos Juan Carlos Astolfi y José Cosmelli Ibáñez, cuyas primeras publicaciones aparecieron en las décadas del 40 y 60, respectivamente. La consecuencia directa de este hecho es el mantenimiento "incólume de la lista de actores sociales, temas, tiempos y espacios presentes y ausentes".

A la hora de examinar los contenidos la crítica subsiste. Pese a aclarar que "hay excepciones", las especialistas marcan que "generalmente se toma a determinadas personas como protagonistas de la historia, sin tener en cuenta los conflictos y la reaidad que los rodeaba". Para Finocchio esta tendencia se corporiza en algunos textos que construyen "minihéroes históricos y, en lugar de realizar argumentos que induzcan a la reflexión, arman fabulaciones con frases estereotipadas privilegiando a unos pocos individuos como motores de la historia. Al referirse a Cristóbal Colón, muchos manuales caen en expresiones como 'origen humilde/ oscuro navegante; audacia y arrojo o descubrimiento de una tierra desconocida'". Según revela la investigación, personajes como Mariano Moreno no corren mejor suerte al ser definidos: "Estudios en prestigiosas instituciones educativas; ideales de libertad y justicia o injusto final: su cuerpo echado al mar", son algunos de los adjetivos predilectos de los autores de los libros de historia.

Tanto Lanza como Finocchio coinciden, además, en destacar "no importa tanto lo que los adolescentes aprenden, importa lo que no aprenden". Sobre este aspecto señalan que "en los manuales la mujer, por ejemplo, no es más que vedette en contadas ocasiones: Juana de Arco, Juana la loca, Isabel de Castilla, Isabel I, María Antonieta o Mariquita Sánchez de Thompson". Destino oscuro les toca vivir también a "los artesanos, campesinos y obreros, que son no sólo anónimos sino ignorados; y los rebeldes parecen tener un único representante: Lutero".

No obstante, ambas investigadoras reconocen que "algunos textos han comenzado recientemente a incluir otros actores para la comprensión de los procesos históricos", como "los piratas en los circuitos comerciales de los siglos XVI y XVII o los trabajadores de las fábricas y sus revueltas en los inicios de la Revolución Industrial en Inglaterra". Al margen de esta tendencia, los libros tradicionales mantienen sus estructuras protagonizadas por "dinastías, reyes, príncipes o generales", quienes "se imponen en escena y la escena no aparece dramatizada más que en el caso de las intrigas diplomáticas, los descubrimientos geográficos, las asambleas políticas importantes o las guerras militares".

Esta forma de presentación de los sucesos responde a que "los hechos históricos son concebidos como algo externo al sujeto, como realidades que el autor traslada fotográficamente al relato y que importan en tanto hitos que separadamente marcan la línea ascendente del progreso", explica Finocchio. "La guerra del Paraguay —ejemplifica Lanza— se estudia sin el menor análisis. Termina, según los libros, con la modificación de las fronteras, tras lo cual todos quedamos amigos."

En este punto también entra a jugar la categoría temporal de la historia que se usa en la escuela. La división en Antigüedad, Edad Media, Tiempos Modernos y Epoca Contemporánea, con las que se inician prácticamente todos los textos escolares, "supone un fuerte contenido europeocéntrico. Las fechas importantes que marcan los cortes son significativas para la historia europea", plantean las investigadoras, pero poco atañen a Latinoamérica o a la Argentina. En cuanto al ritmo, "comprobamos que mínimas parcelas son quienes lo siguen pautando", sostiene Finocchio. Aquí también sobran los ejemplos: "La historia de Roma Antigua es presentada en 107 páginas (Drago) o en 71 páginas (Astolfi) a través de una sucesión que va desde Rómulo y Remo hasta Majencio y Teodosio". De la misma manera, "la historia argentina del siglo XX en prácticamente todos los textos sigue el paso de los presidentes, sin advertir que la vida 'histórica' de la gente de nuestro país fue signada por múltiples fuerzas y avatares y no exclusivamente por el sucederse de uno y otro ocupante de la Casa de Gobierno".

Al margen del tono crítico de la investigación, Finocchio y Lanza manifiestan cierto optimismo: "En los últimos tiempos comenzó una movida de las editoriales para producir un cambio". La brecha fue abierta por Santillana, que "a poco de irrumpir en el mercado, hace unos años, alcanzó impacto a nivel nacional y obligó al resto de las editoras a comenzar tareas de aggiornamiento". Apartarse de "la idea de inmutabilidad de la historia" no dependerá sólo de las editoriales. "Cualquier propuesta de transformación requerirá el acompañamiento del docente, con su necesaria capacitación, y la modificación de los programas, que datan de 1958", a los que la mayoria de los textos se atan puntillosamente. Pero eso, valga la redundancia, ya es otra historia.

ESE ANTIGUO OLOR A BRONCE



incluyendo algunas modificaciones parciales". A esta altura, las investigadoras citan como ejemplo los clásicos Juan Carlos Astolfi y José Cosmelli Ibáñez, cuyas primeras publicaciones aparecieron en las décadas del 40 y 60, respectivamente. La consecuencia directa de este hecho es el mantenimiento "incólume de la lista de actores sociales, temas, tiempos y espacios presentes y ausentes".

A la hora de examinar los contenidos la crítica subsiste. Pese a aclarar que "hay excepciones", las especialistas marcan que "generalmente se toma a determinadas personas como protagonistas de la historia, sin tener en cuenta los conflictos y la reaidad que los rodeaba". Para Finocchio esta tendencia se corporiza en algunos textos que construyen "minihéroes históricos y, en lugar de realizar argumentos que induzcan a la reflexión, arman fabulaciones con frases estereotipadas privilegiando a unos pocos individuos como motores de la historia. Al referirse a Cristóbal Colón, muchos manuales caen en expresiones como 'origen humilde/ oscuro navegante; audacia y arrojo o descubrimiento de una tierra desconocida'". Según revela la investigación, personajes como Mariano Moreno no corren mejor suerte al ser definidos: "Estudios en prestigiosas instituciones educativas; ideales de libertad y justicia o injusto final: su cuerpo echado al mar", son algunos de los adjetivos predilectos de los autores de los libros de historia.

Tanto Lanza como Finocchio coinciden, además, en destacar "no importa tanto lo que los adolescentes aprenden, importa lo que no aprenden". Sobre este aspecto señalan que "en los manuales la mujer, por ejemplo, no es más que vedette en contadas ocasiones: Juana de Arco, Juana la loca, Isabel de Castilla, Isabel I, María Antonieta o Mariquita Sánchez de Thompson". Destino oscuro les toca vivir también a "los artesanos, campesinos y obreros, que son no sólo anónimos sino ignorados; y los rebeldes parecen tener un único representante: Lutero".

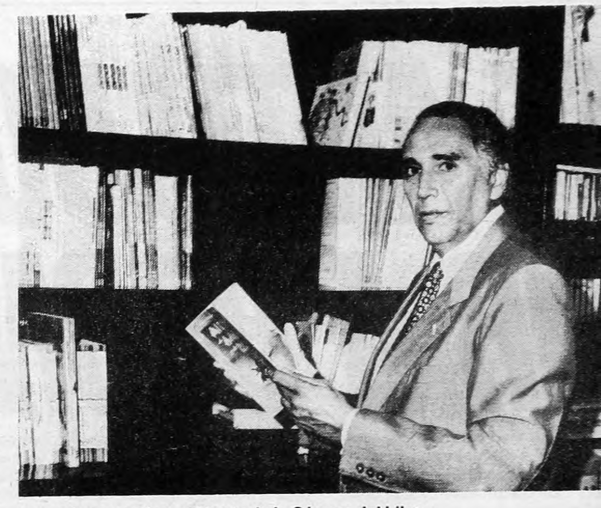
No obstante, ambas investigadoras reconocen que "algunos textos han comenzado recientemente a incluir otros actores para la comprensión de los procesos históricos", como "los piratas en los circuitos comerciales de los siglos XVI y XVII o los trabajadores de las fábricas y sus revueltas en los inicios de la Revolución Industrial en Inglaterra". Al margen de esta tendencia, los libros tradicionales mantienen sus estructuras protagonizadas por "dinastías, reyes, príncipes o generales", quienes "se imponen en escena y la escena no aparece dramatizada más que en el caso de las intrigas diplomáticas, los descubrimientos geográficos, las asambleas políticas importantes o las guerras militares".

Esta forma de presentación de los sucesos responde a que "los hechos históricos son concebidos como algo externo al sujeto, como realidades que el autor traslada fotográficamente al relato y que importan en tanto hitos que separadamente marcan la linea ascendente del progreso", explica Finocchio. "La guerra del Paraguay —ejemplifica Lanza— se estudia sin el menor análisis. Termina, según los libros, con la modificación de las fronteras, tras lo cual todos quedamos amigos."

En este punto también entra a jugar la categoría temporal de la historia que se usa en la escuela. La división en Antigüedad, Edad Media, Tiempos Modernos y Epoca Contemporánea, con las que se inician prácticamente todos los textos escolares, "supone un fuerte contenido europeocéntrico. Las fechas importantes que marcan los cortes son significativas para la historia europea", plantean las investigadoras, pero poco atañen a Latinoamérica o a la Argentina. En cuanto al ritmo, "comprobamos que mínimas parcelas son quienes lo siguen pautando", sostiene Finocchio. Aquí también sobran los ejemplos: "La historia de Roma Antigua es presentada en 107 páginas (Drago) o en 71 páginas (Astolfi) a través de una sucesión que va desde Rómulo y Remo hasta Majencio y Teodosio". De la misma manera, "la historia argentina del siglo XX en prácticamente todos los textos sigue el paso de los presidentes, sin advertir que la vida 'histórica' de la gente de nuestro país fue signada por múltiples fuerzas y avatares y no exclusivamente por el sucederse de uno y otro ocupante de la Casa de Gobierno".

Al margen del tono crítico de la investigación, Finocchio y Lanza manifiestan cierto optimismo: "En los últimos tiempos comenzó una movida de las editoriales para producir un cambio". La brecha fue abierta por Santillana, que "a poco de irrumpir en el mercado, hace unos años, alcanzó impacto a nivel nacional y obligó al resto de las editoras a comenzar tareas de aggiornamiento". Apartarse de "la idea de inmutabilidad de la historia" no dependerá sólo de las editoriales. "Cualquier propuesta de transformación requerirá el acompañamiento del docente, con su necesaria capacitación, y la modificación de los programas, que datan de 1958", a los que la mayoría de los textos se atan puntillosamente. Pero eso, valga la redundancia, ya es otra historia.

ESOS QUE NO MUERDEN



Jorge Santagatti, presidente de la Cámara del Libro.
"Las editoriales saben que su principal competidora es la TV."

En la Cámara del Libro creen que el libro escolar dejó de ser aquel "ladrillo" que conocieron otras generaciones para ingresar a la etapa de la modernización de formas y contenidos. En 1991, uno de cada dos alumnos usó un texto de estudio.

Con el comienzo del ciclo lectivo empezaron también las habituales corridas de madres y padres para conseguir "los libros" que el sistema educativo manda a comprar. Pese a ser tildados de aburridos, pesados y hasta decrépitos, los textos consiguen sobrevivir con tranquilidad a la amenaza informática de sustituirlos para siempre.

En el inicio del presente año escolar los libros no tuvieron defensor más apasionado que el ministro de Educación, Antonio Salonia, quien se encargó de proclamar tantas veces como pudo que "el libro es insustituible". A la defensa de la vigencia de los textos escolares se sumó la del presidente de la Cámara del Libro, Jorge Santagatti, para quien "la era del libro pesado como un ladrillo ya terminó y hoy todas las editoriales acompañan a los tiempos que corren, con absoluta conciencia de que su principal competidor es la televisión".

A juicio de Santagatti —quien además preside la Editorial Aique (ver recuadro)—, "ningún área avanzó tanto en el país como el libro de texto. Todas las editoriales que se dedican a este rubro acompañan los nuevos rumbos de la filosofía, la didáctica y la pedagogía. Estos cambios pueden verse en el movimiento, y en las mismas páginas de los libros de texto". Además, Santagatti sostuvo que "los chicos simulan leer y están así manifestando su necesidad de búsqueda de información por esa vía. Cuando llegan a la escuela saben que allí se les enseñará a leer y que será la primera ruta que tomen en el camino hacia el conocimiento".

El presidente de la Cámara del Libro señaló que "hoy en día" los chicos acceden a la información a través de los medios de comunicación masiva que, "en la mayoría de las veces, dan conocimientos predigeridos sin el necesario camino de la investigación, del análisis". Santagatti destacó que el libro, en cambio "no tiene tiempos como la televisión y el lector o el estudiante puede recurrir a las fuentes". También manifestó que es sabido "que la utilización de un mismo libro de texto —con sus diferentes niveles— en toda la escuela y leído por todos los chicos es la base para el pensamiento individual y divergente".

En la misma línea, explicó que "actualmente resulta irrisorio pensar que un docente puede llevar adelante un aula de cuarenta alumnos con varios textos simultáneos. Creemos que debe haber un libro 'rector' del aprendizaje".

El representante del sector editorial remarcó, también, el papel preponderante de la libertad en el proceso educativo. "Durante la dictadura militar —recordó— nuestros estudiantes vivieron la falta de libertad en la elección de los libros con los que podían estudiar. Ahora —reconoció— hemos recuperado ese derecho a elegir. Se están produciendo cambios y algunos se corporizan rápidamente, como es el de la libertad de elección. Es esa libertad la que lleva adelante el proceso educativo y su ejecutor es el docente".

En ese sentido también rememoró que el gobierno militar "le cercenó al educador el derecho a elegir el libro con el cual consideraba que debía conducir el proceso de aprendizaje del niño. No hay que olvidar —agregó— que la verdadera libertad en la escuela está en que el docente, que es quien conduce el proceso educativo, pueda elegir los medios con los cuales llevarlo a cabo".

Uno de cada dos con libro

Sólo uno de cada dos alumnos argentinos utilizó libros de texto durante el ciclo lectivo 1991, según establece un trabajo elaborado por la Cámara del Libro. El promedio de 0,5 libros por estudiante que refleja la estadística representa, sin embargo, un leve incremento con respecto a 1990, período en el que ni siquiera se alcanzó esa cifra.

La Cámara del Libro destacó que si se comparan estos valores con los alcanzados en los países desarrollados se comprueba "que ninguno se ubica por debajo del promedio de 5 libros por alumno". Es decir, que los estudiantes argentinos trabajan con una cantidad "diez veces menor" de textos que en otras naciones.

Por ejemplo, en Estados Unidos se estudia con 10.5 libros por alumno, en Japón con 9,8, en Suecia con 9,7, en España con 6,5 y en Italia con 5,3. La Argentina está muy lejos de esas cifras: en 1985 se usó 1 libro por estudiante y la proporción fue cayendo hasta el '90, cuando el promedio llegó a 0,3 textos por alumno. El ciclo lectivo 1991 mejoró la tendencia.

Hay que cambiar el texto

Varias empresas editoras de textos escolares se han puesto a trabajar de lleno en los últimos tiempos para adecuar sus materiales a los tiempos que corren. Una de ellas, Aique, dedicó sus mayores esfuerzos a los libros de enseñanza de la lengua y se propone terminar antes de fin de año el proyecto "libro de lectura". "Mi mamá me ama" o "La vaca", viejas páginas del tiempo de las abuelas, están siendo superadas de acuerdo a una iniciativa que divide las vertientes literaria y de aprendizaje, que tradicionalmente venían juntas en los antiguos libros.

"Evitamos confundir al niño con la mezcla de información —apunta la gente de Aique— y empezamos por separar la información recreativa de la formativa." Según esta lógica, los libros elaborados por la editorial presentan por un lado "cómo leer o pronunciar; y por otro, un cuento o una fábula". En los textos para alumnos de sexto y séptimo grado Aique trabaja sobre la base del concepto "libro-taller".